

BIBLIOTECA  
DEMOCRACIA Y LIBERTAD

*Abis. foll. c. 174. N.º 6297*

# La Heroica España

POR LA DOCTORA

PAULINA LUISI

Homenaje reverente al pueblo heroico y mártir y a sus abnegados gobernantes abanderados gloriosos de las libertades populares.

P. L.



Apartado del libro

“ESPAÑA HEROICA”

*No. DP253. L9. HA*

*J. Muga*



# LA HEROICA ESPAÑA

Discurso que no fué pronunciado

(Apartado del libro "España Heroica")

Por la Dra. PAULINA LUISI

22.568

(Organizado por el Comité pro-Defensa de los Derechos individuales y políticos del Hombre, debió efectuarse el 5 de Agosto de 1936, en el Ateneo de Montevideo, un grandioso acto de homenaje al pueblo español en armas, en defensa de la República y de la Democracia. Prohibido el mitin por la Policía, fué prohibido también por el Consejo de Ministros, en apelación, a pesar de que según la ley en vigencia, hubiera bastado que un solo ministro hubiese votado contra la resolución para que el acto pudiera efectuarse. Para ese acto, la doctora Paulina Luisi, miembro de numerosas entidades científicas y culturales españolas, había escrito un inflamado discurso que no pudo ser pronunciado y reproducimos a continuación).

(Nota del Editor).

Hace apenas pocas semanas festejábamos clamorosamente, desde esta misma tribuna, el día glorioso de

1.328.204

No. DP 253. 29. HA

la República española, en acto que expresaba al mismo tiempo la entusiasta adhesión de nuestro pueblo al triunfo electoral, en límpidas elecciones conseguido, que llevaba al Gobierno de España a los elegidos por el Frente Popular.

Hace apenas pocas semanas, algunos de nosotros, amantes de esta España republicana, hoy más heroica y más grande que nunca, constituídos en Comité de Emergencia, enviábamos un mensaje de cálido y férvido homenaje al nuevo Gobierno que representa a los ojos de todas las naciones, la legítima democracia de un pueblo, rigiendo sus propios destinos con libre y auténtico albedrío; de un gobierno que es la genuina representación de los anhelos de la nueva España, afirmados en los comicios de febrero de este año, por el voto libérrimo de la masa popular.

Voto libre y auténtico de un pueblo de muchos millones de habitantes, sometidos hasta el advenimiento de la República, al yugo político y económico de una oligarquía capitalista succionante y de una aristocracia terrateniente envilecedora e incomprensiva.

Todavía medioeval en numerosos pueblos y extensas regiones de sus ricas provincias, en aquellos lugares donde no ha llegado aún la vibración progresista del telégrafo, ni llega siquiera la hoja noticiosa del periódico; está, en sus laboriosas, bellas y pópulosas ciudades, agitada por las inquietudes que en este enigmático recodo de la historia, agitan a todas las conciencias del mundo, deslumbradas por las luces prometéicas de las nuevas doctrinas redentoras.

Este contraste, del que me señalaba una de las partes con dolorosa amargura, mi valiente correligionaria María Martínez Sierra, la eximia autora de la Canción de Cuna, es tan grande a veces, que sobrepasa lo imaginable.

Volvía ella a Madrid, después de una gira de propaganda política junto con el ilustre Fernando de los Ríos y constataba con hondas inquietudes el estado de atraso de ciertas poblaciones del sector de Andalucía, por Granada, en los poblados de las montañas. “Es increíble, decíame, el atraso del pueblo en aquella región. Pueblos y aldeas hay donde solo puede llegarse en diligencia o a lomo de cabalgadura, donde la vida exterior, la de la misma España no existe para ellos. Todo lo ignoran, no saben si viven en república o bajo la monarquía. Las noticias se transmiten por chasques, el cartero es allí desconocido. Escuelas, agregaba la eminente española, escuelas y más escuelas, es el primer deber de la República...”

Era apenas instaurado el nuevo régimen libertador.

Escuelas...! durante siglos no fueron ni inquietud ni preocupación de los gobiernos que desde la unificación del reino rigieron los destinos de la península.

Bastábales a la aristocracia dominante y a la reyesía, entregar la infancia a manos del clero para la formación de inconcientes, de analfabetos, rezadores, obedientes, sumisos, sin más horizontes que el altar de la capilla, sin más inquietudes que la dura servidumbre de la tierra, sin más esperanzas que las recompensas futuras en aquella otra vida prometida, mientras continua-

sen en ésta siendo los siervos obedientes del amo y del cura que los explotaban y los embrutecían.

Resignados, dolorosos, estrechando aún más sus necesidades al creciente pedir de la nobleza y la monarquía; sumisos, ignorantes, mansos, cerriles, abúlicos, así los necesitaba el régimen y así los preparaba la iglesia; así los querían los gobiernos que fueron sucediéndose en España, a la sombra de los altares, compartiendo con el Pontificado, la administración de los bienes terrenales del Estado y los espirituales de otra vida, desde los lejanos días en que encendiera Torquemada sus hogueras para hacer en ellas cenizas con todo lo que piensa, se mueve, se agita a un ritmo diverso del que ordenan la tiara y el trono...

Así vivieron fácil presa del engaño, porque llevaron siempre los ojos del entendimiento cubiertos por los velos de la ignorancia y de la superstición.

Como ellos, todos los desgraciados habitantes de los países largo tiempo sometidos al yugo de la iglesia, cómplice y asociada de las monarquías oscurantistas, que hacen del labriego un tipo intermedio entre el hombre y la bestia, hecho para la servidumbre en el trabajo rudo hasta el fin de sus días, en tiempos de paz; para verlos cortados a toda hora, masa de carnicería, en tiempos de guerra; que van a padecer y a morir en Marruecos para engrosar las arcas de un March, o exhalan el último aliento removiendo la gleba, para que el amo pueda gozar en esta vida los goces que el cura les promete a ellos en la otra.

Como ellos, los desgraciados paisanos engañados a toda

hora por el alcalde, por el cura, por el mayordomo, trío siniestro de la explotación de los "caffoni", cuyo calvario pintó con singular maestría Silone en Fontamara; desgraciados sumidos en la ignorancia y explotados en todos los mundos, indios en los huasipungos, cholos en los mangleros, caucheros en las sábanas colombianas, serranos en los altos del Maestrazgo, que gimen bajo las garras de honda miseria material y cultural; de espantosas y tiránicas supersticiones como las trazó con magistrales brochazos Alardo Prats y Beltrán.

Como ellos, los esclavos rurales de las industrias agropecuarias, rebaños a su vez del propietario, del aristócrata y del fraile, en contraste violento con los hombres conscientes de los centros industriales y fabriles.

Porque en la misma colectividad, en la misma nación, las ciudades, las poblaciones de importancia, los pueblos y aldeas crecidos al calor de las fábricas, de los talleres, de las grandes industrias, han visto ya la luz deslumbrante y abierto las conciencias a las claridades de las grandes redenciones sociales.

Son, en España, los pueblos viriles de Cataluña, Valencia y Aragón, son las masas conscientes de Asturias, heroica y mártir; son las avanzadas de las provincias mediterráneas desde Barcelona hasta el Estrecho; son las masas obreras que dan a la vida de España el ritmo de la vida moderna, inquieta y agitada.

Y en hondo contraste, los labriegos de las vegas hermosas de Granada, de las fértiles colinas del Oeste, de los perdidos pueblos en los valles de Alpujarras, de las montañas rientes de Galicia... son los pueblos toda-

vía medioevales de las grandes terratenencias aristocráticas o frailunas o de los perdidos valles de las regiones montañosas.

Son por una parte la masa irredenta de los hombres hasta quienes no llegaron jamás los ecos de la gran tormenta del 89, pese a que ella se desencadenara en próximas regiones, barriendo privilegios y bastillas; y que tampoco han llegado a contemplar siquiera en lontananza, las estrepitosas centellas que del extremo oriente de Europa, están iluminando con claridades de aurora el horizonte del mundo entero.

Frente a ellos, apuntando el camino del nuevo Sinaí, altos los puñes, la masa consciente de los pueblos en las cerradas filas de la Unión General de Trabajadores y de la Confederación General del Trabajo, sostiene sobre los hombros, con sus robustos biceps, la roja enseña de la redención proletaria.

Este es el panorama de la situación actual de la humanidad, no en España solamente, sino en el mundo entero, desde las altiplanicies de Bolivia y los cafetales brasileños, a los campos inundados por los fértiles limos de sus desbordados ríos, en la China legendaria o en las Indias misteriosas.

Es la ignorancia mantenida por la clerecía de todas las confesiones y fomentada por los capitalismo succionantes, que arrastra a la mitad de los hombres atados a cadenas de pretéritas edades, y es la otra mitad de los hombres, emancipada de sus amos de ayer, consciente de sus libertades y sus derechos.

Ellas han dividido al mundo en dos campos opues-

tes, como al aborear el día se cortan sobre los campos, las vastas regiones rosadas por la aurora y los vastos espacios cubiertos todavía de tinieblas; la libertad, el progreso, la democracia, enfrentándose a la opresión, la ignorancia, los fascismos.

Altas las frentes, apuntando al sol con los cerrados puños, inteligente la mirada y el espíritu fuerte, vibrando en los labios los himnos redentores, los paladines de la nueva enseña; curvos los hombros, juntas las manos en plegarias viles, murmurando palabras sin sentido, frentes al suelo y las miradas blancas, esperándolo todo de la providencia divina, que prometiéndoles venturas les derrama privaciones y dolores, las huestes inconscientes del oscurantismo envilecedor; las dos falanges que por el mundo entero hacen de la humanidad dos grandes ríos, se han enfrentado ayer en las ricas, históricas regiones de la península hispánica.

Es el primer episodio verdaderamente trágico que marca el principio de la gran batalla en trance de librarse sobre toda la superficie del planeta: la reacción y los fascismos enarbolando vetustos e inadmisibles postulados; la libertad y la democracia en marcha levantando sus rojos pendones; rojos y luminosos como el sol de los días estivales, promisores como las rientes auroras de aquellos días.

No es solamente lucha de principios orgánicos para la estructuración del Estado, no son los principios de la República o la Monarquía los que están en juego en la formidable acción que está empapando con la generosa sangre de sus hijos el suelo histórico de las hazas ibéricas.

Es más, mucho más trascendente el drama formidable que ha tomado el suelo español por escenario. Es la tormenta que se ha desencadenado sobre un lugar del planeta, para dirimir la contienda entre los dos grandes, irreductibles enemigos.

Bajo la apariencia de una guerra civil, es la guerra tremenda que ha comenzado, en la que la reacción amenazada por todas partes, se revuelve amenazadora y brutal, defendiendo todos sus reductos, en una desesperada y larga agonía, de fiera herida en las entrañas que, hasta exhalar el último suspiro, es igualmente feroz, igualmente encarnizada, igualmente perjudicial y destructora.

Con el santo y seña de “guerra al comunismo”, y con el propósito único de dar muerte a todas las libertades, la reacción se ha organizado en fascismo en la tierra que fué cuna de Mazzini y Garibaldi; en nazismo, en la patria de Goethe y de Copérnico; en dictaduras criollas sobre la patria de los libertadores de América, Sucre, Bolívar, San Martín; en “reconstrucción” sobre la cuna de nuestro Artigas!

Con ese mismo santo y seña, de “guerra al comunismo”, con esa misma finalidad de opresión y esclavitud, grita, destroza, blasfema, destruye, amenaza, muere.

Disfrazada de guerra colonial, ha mantenido en jaque, —ante las tremendas responsabilidades que entrañaba la aplicación de sanciones severas,— a los países que mantienen enhiestos los fueros de las libertades cívicas. Conseguidos sus intentos, desposeída de escrúpulos,

se ha mostrado más insolente aún y pretendido con una política de “chantage” ilimitado, mantener en una expectativa, prudente en demasía, a las fuerzas democráticas aterradas ante las consecuencias incalculablemente funestas de una guerra internacional.

Emprende ahora una nueva ofensiva, tremenda, inundando de sangre a todo un pueblo que vivía elevando valientemente los cimientos de su organización política nítidamente democrática, encumbrada a su acción constructiva sin crueldades y sin muertes, aparecida en el firmamento de la humanidad, apacible y serena como promesa de bonanza y pacíficas realizaciones.

Pero velaban las alimañas en las sombras.

Apoyada fuertemente por los gruesos capitales de los explotadores de cualquier pueblo, —al margen de toda patria y toda bandera, de toda religión y de toda raza, que conocen solamente un templo único, el Banco—; sostenida y alentada por ellos, revienta por diversas regiones del Estado una insurrección armada.

Es ella comandada por jefes militares, servida por las inconscientes masas de los quintos engañados, de labriegos y montañeses ignorantes y sumisos, llevados a la matanza sin cuartel y sin piedad; fusilando y matando al grito de “muera el comunismo”, a los valientes obreros de la indomable Triana; matando como “a perros” —son sus expresiones mismas— a cuantos proletarios, a cuantos hombres y mujeres de ese pueblo indómito oponen sus fuerzas de seres libres y liberados al avance funesto; desencadenando sobre las poblaciones inermes las hordas sanguinarias de la “legión extranjera”,

famosa en la historia de todas las edades por su ferocidad sin freno; desatando sus instintos para que pisoteen bajo sus plantas salvajes de hombres del desierto sin fe ni ley, las vegas fértiles de la sonriente Andalucía.

Ella comete un crimen más grande aún, de lesa patria, ella que enarbola su nombre y exalta su sentimiento fingiendo defenderlos contra la invasión del espíritu internacional; ella para mejor facilitar los propios infames designios, abre de nuevo los diques con tantos dolores y vidas cerrados, del problema de Marruecos que ha costado tanta sangre, tantas vidas, tantas invalideces al pueblo entero de la península ibérica.

El episodio de los cinco aviones fascistas italianos, caídos como por fatal designio de la justicia sobre la región francesa del protectorado, ha descubierto un hilo de la colosal y criminosa trama tendida por la reacción para aniquilar las fuerzas redentoras de la democracia en marcha.

El tenebroso concorcio del nazismo polaco-autroalemán, con el fascismo italiano, cubre con sus alas de buitre el cielo del viejo continente, atravesándolo por vasta zona de tinieblas a cuyas márgenes aparecen más nítidas, más fulgurantes, más promisoras, sus comarcas orientales emancipadas de la Rusia de los Soviets, y su región de Occidente en que la organización triunfal de las coaliciones populares en España y Francia han enalzado el solio de las libertades, respaldadas por las viejas formas democráticas de los países nórdicos y de la Gran Bretaña.

Es de aquella vasta región de tinieblas que ensom-

breece a Europa, de donde se ha desprendido en llama inicial la vasta hoguera que asuela toda entera a la madre patria. Italia fascista, hoy descubiertamente, envía sus refuerzos a la reacción española, mientras que la vieja Teutonia ahora hitleriana, bajo el pretexto de proteger a sus connacionales, envía sus barcos de guerra al campo de batalla, interesada en mantener las posiciones de los rebeldes españoles con los que sabe podrá contar, como lo hizo con la monarquía en la pasada conflagración, para disfrutar de magnífica base de operaciones navales, necesarias a sus futuros planes de nuevas guerras, de posibles conquistas. Hasta nuestro minúsculo Uruguay acaba de dar su adhesión a la rebelión española, por el voto de su Parlamento que se ha negado a enviar el mensaje de solidaridad republicana al gobierno legítimamente constituido del Estado Español, como lo propuso la bancada socialista en la tarde de ayer!

Nosotros, —que no somos parlamento, ni gobierno reconstructor, pero que estamos alistados desde la primera hora, en las corrientes de progreso y construcción democrática integral de los pueblos,— divisamos en la terrible contienda que se está librando en las añejas tierras del Cid, mucho más que las rudas luchas de una guerra civil con propósitos restauradores de una monarquía desprestigiada, de una autocracia disgregante o de una dictadura militar, todas ellas profundamente reaccionarias como cabe a su propia idiosincracia.

En las indecisiones de Francia para dar ayuda al legítimo Gobierno español, fuertemente amenazado y en grave peligro el sistema republicano que representa; en

las larguras de Gran Bretaña a quien interesa mantener su prestigio y poderío en las azules aguas mediterráneas; en la providencial traición de los cielos que desenmascaró las indecentes maniobras del fascio italiano; vemos surgir inminente, una terrible amenaza sobre la paz mundial, que a cada hora que pasa va adquiriendo mayor gravedad, acrecentada aún por la infernal habilidad de la Internacional sangrienta de los cañones y armamentos como fiera agazapada esperando y preparando su momento.

En la angustiosa inquietud que nos oprime, en estos días de inmensa tragedia para el pueblo hermano, no solo en la lengua y en la raza, hay más que simpatía, más que afecto, más que comunidad suprema de convicciones e ideales.

Hay el sentimiento de la solidaridad que nos une en la defensa de las libertades democráticas, hay la mancomunidad de destino, hay la partida que se está jugando entre la democracia emancipadora y el fascismo reaccionario.

Con alto sentimiento de humanidad, pero tal vez con menos sentido de las verdaderas realidades, los hombres del 31, ante la sorpresa mundial, trajeron la joven República a la vida de las Naciones, sin dolores y sin sangre.

Acontecimiento antinatural biológicamente, porque una ley fatal ha establecido que no hay alumbramiento sin dolores y sin sangre, como si al nacer otra vida, necesitase alimentar su joven organismo con los rojos borbotones de los sacrificios. El riego de sangre humana

parece ser necesario al establecimiento de los grandes postulados de justicia social.

Sangre corrió desbordante para que la gran Revolución Francesa hiciera carne los principios proclamados; sangre derramó el Imperio; sangre la Restauración monárquica de Luis Felipe; sangre la Comuna del 70; y en tanta sangre nutrida, se vigorizó la democracia definitivamente arraigada, robusta y frondosa en los solares galos.

Sangre corrió también en abundancia allá, en las lejanas estepas moscovitas, fertilizando la región donde se desplegaron las reivindicaciones totalitarias del marxismo integral, revolución gradiosa que continúa a través de los tiempos la obra redentora de la Revolución francesa.

La lucha continúa en pie. Vuelve a correr sangre de hermanos: cauce abierto para la historia por la sangre fecunda de Galán y Hernández, engrosado luego con la sangre proletaria de los insurrectos mártires de Asturias; desbordante ahora por los torrentes de sangre de obreros, de paisanos, de civiles, de criaturas, derramada por el ejército de España, fuerte con los importantes armamentos aprovisionados solamente para la defensa de la Nación, por esta República que en su Carta magna, "renuncia a la guerra como instrumento de política nacional", y que los jefes de su ejército están utilizando para aniquilar la gran "República democrática de trabajadores" organizada en régimen de libertad y de justicia.

Tales fueron ellas, que por respeto a sus postulados,

se conservaron en sus cargos aun algunos que sospechosos fueran como adictos al nuevo régimen. Ellos, luego, aprovechando de la libertad que les fuera conservada a pesar de sus antecedentes reaccionarios, abusaron de los altos sentimientos de justicia que decidieron a los hombres de la República a mantenerlos en sus puestos de comando; traicionaron su honor de militares, abusaron de la fe que clases y tropa depositan en la hombría de sus jefes, engañaron a estos nobles hijos del pueblo llevándolos a ultimar a sus propios hermanos bajo la mentira villana de servir a la República, reabrieron la herida cruentísima de Marruecos cerrada con tantas vidas y tantos mutilados, verdadero cilicio soportado durante décadas por el pueblo paciente y resignado!

Ellos violaron el suelo sagrado de la patria con las bárbaras hazañas de la legión brutal, llevando al solar venerado de la patria a sus más encarnizados enemigos; se parapetaron en históricos monumentos nacionales, para derrumbarlos o hacerlos derrumbar en la contienda; incendiaron, desolaron y destruyeron aquello mismo de que se llaman guardianes; hicieron del suelo entero de España una inmensa hoguera de matanza, de destrucción, de desorden, como si el espíritu infernal de Ignacio de Loyola y de Tomás de Torquemada hubieran vuelto al mundo, para, como en épocas pretéritas, arrasar, torturar, mancillar, destruir, elevando al mismo tiempo sus oraciones al Señor, besando escapularios y murmurando con hipócrita maestría, las palabras divinas del mártir golgotiano: amaos los unos a los otros!

Sea cual fuera el desenlace de esta trágica aven-

tura que estamos presenciando con indecible angustia, nuestro espíritu y nuestro corazón están junto al pueblo valiente que se levantó en Asturias en fiera rebelión, repitiendo la gesta de sus antepasados, los comuneros magníficos de otrora, que reviven hoy en el alma de los suyos, para defender en apretadas filas, las libertades amenazadas, los fueros populares ofendidos cruelmente. Estamos con él, hermanados en el dolor y en la victoria, paladines maravillosos de los postulados de la democracia simbolizados en la gloriosa enseña del 14 de Abril!

Estamos con él, anhelante el corazón! Con ese pueblo indomable, ayer dicharachero y bullicioso, heroico ahora para defender la vida de la República, abnegado y decidido para mantener sus libertades, hombres y mujeres de esta nueva España, que saldrán de la lucha victoriosos, como lo ansía su corazón y el nuestro, para enarbolar más alto la roja enseña de las libertades populares, tremolando en las torres de Palacio...!

Y estaremos con él también, si la suerte adversa depara a España nuevos días de dolor y de vergüenza, más o menos duraderos, más o menos angustiosos, más o menos llenos de sacrificios y dolores, pero que, en los destinos de España y de las democracias, no podrán llegar a ser más perdurables que aquellos mantos de densa niebla que suelen descender sobre las azules olas del mediterráneo, envolviéndolo todo en nube sombría, oscura, casi impenetrable y que se disipan luego, en pocas horas, dejando más puro el cielo, más resplandeciente el sol!

Luisi, Gaulina, 1875-1950 mg

Y no de otra manera habrá de acontecer, porque el pueblo entero de España así lo ha decidido; porque el pueblo entero de España así lo ha decretado: **NO PASARÁN!!**

— □ —